

Como quien marcha á paseo,
 El valor en la mirada
 Y fumando y sonriendo,
 Al patíbulo glorioso
 Llega Nicolás Romero.
 Fórmasen á los cuatro en fila,
 Reina fúnebre silencio,
 Los tiradores preparan,
 Se da la señal de fuego,
 Y al tronar de los fusiles,
 El grito de ¡Viva México!
 Brotando de aquellas bocas,
 Van con su postrer aliento
 Por el cielo de la patria
 En nubes de gloria envuelto.

VI.

¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!
 Sobre vuestras tumbas crecen,
 Inmarcesibles y eternos,
 Los laureles con que adornan
 Los inmortales sus templos.
 Humildes desde la cuna,
 Nacisteis en el silencio,
 Y á la luz del patriotismo
 Que se encendió en vuestros pechos
 La historia imparcial, severa,
 Grabó con buril de fuego
 Vuestros nombres en sus altos,
 Perdurables monumentos!

EL TORDO

(21 de Mayo de 1866)

Á MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ.

Como un nido de palomas
 Que se esconde en las cañadas,
 Debajo de un cielo hermoso
 Azul, sereno y sin mancha,
 Está Huejutla, la cercan
 Sus pintorescas montañas;
 Bellas flores la perfuman
 Y tres arroyos la bañan.
 A la luz del sol naciente
 ¡Cuán risueños se destacan
 Sus tejados siempre rojos
 Y sus casas siempre blancas!
 Huejutla es la arteria rica
 Que vida y vigor derrama,
 De la Huasteca á la Sierra,
 Que las estrecha y enlaza,
 Como llave y como centro
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días
 De la intervención extraña,
 Puso el Imperio en Huejutla
 Buena parte de sus armas.
 Más de cuatrocientos hombres
 A la ciudad resguardaban,
 Provistos de cuanto puede
 Ambicionarse en campaña.
 Llegó el veintiuno de Mayo
 Del sesenta y seis. Erraba
 El gran Juárez manteniendo
 Pura de la ley el arca,
 Por los áridos desiertos
 Y los montes de Chihuahua.

Como Mayo es mes de gloria
 Que en nuestros fastos resalta,
 A los libres de Huejutla
 Les llenó de fuego el alma,
 Y un humilde hijo del pueblo,
 Moreno, de anchas espaldas,
 De ojos negros y brillantes
 Con expresivas miradas,
 Antonio Reyes, un pobre
 Capitán que lamentaba
 Ver en su tierra nativa
 A las fuerzas del monarca;
 Agrupó veintitres hombres
 De los de más temple y alma,
 Y les dijo: «vamos todos
 A morir por nuestra causa,
 O á expulsar de nuestro suelo
 A los que tanto la infaman.»
 Y sin otros elementos
 Que mal parque y pocas armas,
 Intentó dar un asalto
 El veinte por la mañana;
 Pero el cielo abrió inclemente
 Sus horribles cataratas
 Y frustró todos los planes
 Que Antonio Reyes fraguara.
 Con trabajos espantosos
 Los que en el secreto estaban
 Secando á medias el parque
 Esperaron la alborada
 Y Reyes pidió á sus hombres
 Que librarán la batalla
 Llevando los piés desnudos
 Para que nadie escapara.
 Y así, descalsos, y llenos
 De fe, de valor, de rabia,
 A las tropas imperiales
 Sorprenden con tal audacia
 Que ni éstas se dieron cuenta
 De quienes las atacaban,
 Ni dispusieron de tiempo
 Para resistir la carga.
 Tan violento fué el ataque
 Que ya desmoralizadas,

Dejando cien prisioneros
 Abandonaron la plaza.
 El osado Antonio Reyes
 A quien «El Tordo» llamaban
 Sus compañeros y amigos,
 Fué el más bravo en la campaña,
 Y á tiempo que la victoria
 Coronó sus esperanzas,
 Y á tiempo que decía á todos:
 ¡Vencimos! ¡Viva la Patria!
 Un proyectil alevoso
 Le penetra por la espalda
 Y apaga el brillo en sus ojos
 Y en sus labios las palabras.
 ¡Viva el Tordo! repetían
 Los ecos en las montañas,
 ¡Vivan Huejutla y sus hijos
 Que alzan las frentes sin mancha!

Entre tanto, habían dejado
 Los imperiales la plaza,
 El sol de Mayo vertía
 Rayos de amor y esperanza
 Y al aire daban sus voces
 De entusiasmo las campanas
 Y él sobre toscas piedras
 En roja sangre empapadas,
 Antonio Reyes «El Tordo,»
 El héroe de aquella hazaña,
 Rígido, inerme, sin vida,
 En su semblante irradiaba
 La gloria, la inmensa gloria
 Del que muere por la patria.

1891.

BIBLIOTECA ALFONSO DE LA ROSA
 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

EL CANJE DE PRISIONEROS

Á LA MEMORIA DEL INMACULADO CAUDILLO DE LA INDEPENDENCIA
GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE.

LOS DOS PADRES.

I.

En la ciudad opulenta
Que fué en los tiempos de antaño
Residencia de virreyes,
Orgullo de los vasallos
Y emporio de las riquezas
De este suelo mexicano,
Donde aztecas y españoles
Levantaron sus palacios;
Una mañana de invierno,
Al ir feneciendo el año
Que contó sesenta y cinco
Del siglo que va espirando,
Conversaban tristemente
Haciendo corte á un anciano,
Un grupo de caballeros
Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura
Elevada y rostro franco,
Con bien marcadas señales
De ser antiguo soldado;
Por sus rugosas mejillas,
Sobre sus marchitos labios,
Como dos siates de plata
Bajaba el bigote cano.

De sus miradas el brillo
Eclipsaban á su paso,
Lágrimas mal recojidas

Con seca y trémula mano,
Que algunas veces mojaban
Un pecho condecorado
Con la cruz más envidiable
Que registran nuestros fastos;
La que tiene en el anverso
Con áureas letras grabado:
Treinta contra cuatrocientos,
En medio de un verde lauro.
Y al empaparla unos ojos
Que han visto el sol setenta años,
Prueban que dolor inmenso
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan
En su plática al anciano
Están ceñudos y tristes,
Y mudos y consternados.
— Es una maldad sin nombre,
Les dice ¡joven! ¡gallardo!
¡Hijo querido!... no puedo
Resignarme...; fusilarlo
Con tan bellas esperanzas!
¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!
Cuántas veces pequeñito,
Al tenerle entre mis brazos,
Pensé, temiendo estas cosas:
Antes muerto que soldado
Y ya lo veis, el destino,
La mala suerte, el acaso,
A tener un fin tan triste
Bien pronto le condenaron.
¿Por qué me sobra la vida?
¡Yo en su lugar! Está claro.—
Y anudada su garganta
Sigue en silencio llorando,
Y están sin brillo sus ojos
Y están trémulas sus manos.

En aquella escena muda
Transcurre así largo rato,
Hasta que haciendo un esfuerzo
Más que grande sobrehumano,
Levanta el rostro y procura

Manifestarse calmado,
Y como claras señales
De que se domina dando,
Dice á los que le acompañan,
Viendo venir á caballo
A un hombre que se aproxima
Hacia el grupo, paso á paso:
— Cuando perdemos á un hijo
O algún otro sér amado,
Su figura nos recuerdan
Muchos de los que encontramos;
Por ejemplo aquel que viene
Dijera que es el retrato,
El hombre más parecido
Al hijo que allá en Huetamo
En unión de tantos belgas
Fusiló Riva Palacio! —

Y aquí, ya sin contenerse,
Bajó su rostro el anciano,
Y sin poder reprimirlo
Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos
Se abate el roble cansado,
El roble que enantes pudo
Burlar el golpe del rayo;
Ese hombre que triste llora,
Ese antiguo veterano,
Fué en otros tiempos temible,
Bullicioso, alegre, osado;
Don José Minón, que tiene
Un nombre en fama muy alto,
Y que, de los generales
Es ya sin duda el decano.

Por eso los que le miran
En esa edad y llorando,
Están ceñudos y tristes
Y mudos y consternados.

II.

De las toscas herraduras
Se escucha entonces cercano
El duro golpe que anuncia

Que llega precipitado
El jinete que al mirarlo
Ha conocido el anciano.
— ¡Padre! ¡Padre! — grita alegre,
A tierra veloz saltando,
Y con raudo movimiento
Alzándole entre los brazos.

Torna el viejo la cabeza,
Quiere hablar, queda callado,
Abre aturdido los ojos
Entre risa y entre pasmo;
La cabeza del mancebo
Oprime con ambas manos,
Besa trémulo su frente,
Y baña su rostro en llanto.

Reina un silencio solemne,
Silencio sólo turbado
Por los sollozos convulsos
Que brota el pecho de entrambos.
Los del grupo enternecidos,
Absortos ante ese cuadro,
Húmedos tienen los ojos
Y la sonrisa en los labios.
Por fin el padre pregunta
Con acento entrecortado:

— ¿Cómo vives? ¿á quién debo
Tal prodigio, tal milagro?
¿Cómo, si todos han muerto,
Puedo mirarte á mi lado? —
— ¿Quién ha muerto, padre mío?
De todos los que en Huetamo
Estábamos prisioneros,
A ninguno fusilaron....
— ¡A ninguno!

— Sí á ninguno,
Pues de Guerra el Secretario
Parte oficial ha tenido....
— El parte oficial es falso,
Para proponer un canje
Vengo yo comisionado....
— ¿Un canje? —

— Sí; ya usted sabe
 Que reunidos en Zirándaro
 Los prisioneros de guerra,
 Bajo palabra quedamos
 Sin más custodia en el pueblo
 Que nuestro honor empeñado.
 Una mañana supimos
 Que en Uruápam fusilaron
 Los imperiales á Arteaga,
 A Salazar y otros varios.
 Nos conmovió la noticia,
 Y temimos consternados
 Que espantosa represalia
 Allí pudiera orillarnos
 A igual suerte, y aturdidos
 En aquel terrible caso,
 Los oficiales y jefes
 Belgas, conmigo contando,
 Salimos luego del pueblo,
 Y á poco nos encontramos
 A orillas del Zacatula
 Y sin conocer el vado.
 Vimos un bote, fué nuestro,
 Y saltando en él, vogamos
 Con la esperanza ilusoria
 De llegar al Océano.

Conocida nuestra fuga,
 Nos tendieron nuevos lazos,
 Y, antes de mediar el día,
 Al tocar en un remanso,
 Nos hicieron prisioneros
 Y nos formaron el cuadro,
 Por ser orden terminante
 Prendernos y fusilarnos.

Era el momento supremo,
 Y nosotros resignados
 A Dios levantando el alma,
 La voz de fuego esperamos.
 Mas de repente, rompiendo
 Por el bosque enmarañado,
 Llega un oficial á escape
 En un soberbio caballo,

Y anhelante, voz en cuello,
 ¡Indulto! ¡indulto! gritando.
 Era el que daba tal grito
 El comandante Velasco,
 Que á escape y sin detenerse
 Llegaba desde Huetamo.
 Allí por nuestra fortuna
 A tiempo que nos fugamos,
 Llegó el General en Jefe
 Que la vida me ha salvado.

Sabiendo lo que ocurría
 Mandó suspender el acto,
 Y que á todos nos llevaran
 En el momento á su lado.

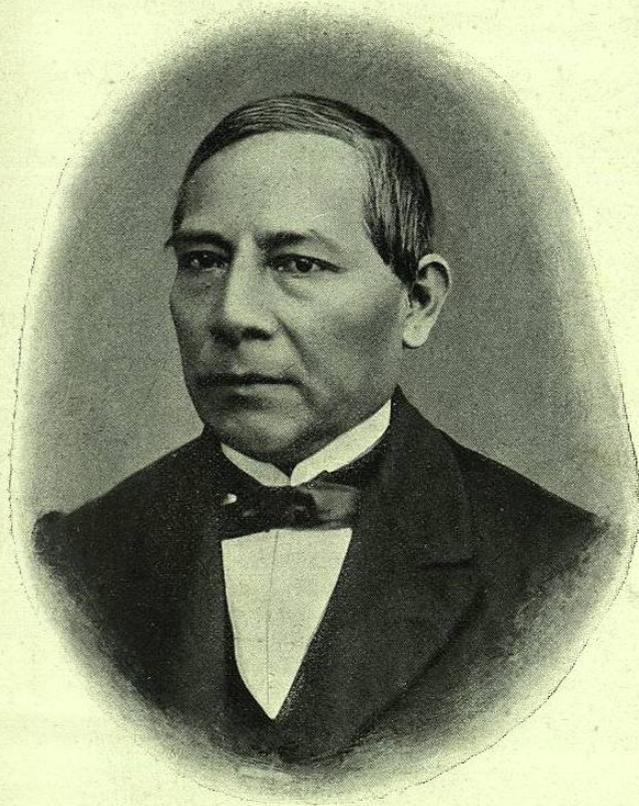
Veloz corrió el ayudante,
 Y si no se afana tanto,
 La existencia nos costara
 Un minuto de retardo.

Nos pusieron luego en marcha,
 Y tres horas caminamos
 Llegando en la misma tarde
 Al campo republicano.
 Le dí al General mi nombre
 Y, tendiéndome la mano,
 Exclamó: — ¡su nombre abona
 Que es caballero y soldado!
 Y probaré la confianza
 Que su aspecto me ha inspirado,
 Encomendándole lleve
 Hasta México un encargo:
 — « Libre va usted, que le entreguen
 Armas, dinero y caballos,
 Y al romper mañana el día
 Partirá usted de Huetamo.
 Lleva usted en estos pliegos,
 Que no le entrego cerrados,
 La suerte de muchos hombres,
 Pues no quiero fusilarlos.
 En esa nota propongo
 A Bazaine un cange franco:
 Mis prisioneros me entrega,
 Y yo los suyos le mando.

Responden al cumplimiento
 Y á la fé de este tratado,
 Como Jefe mi palabra,
 Mi honor como mexicano.
 A México llega, y antes
 De hablar con nadie, á caballo,
 Sin sacudirse ni el polvo
 Ni procurarse descanso,
 Al Mariscal le presenta
 Estos pliegos que le mando
 Y sé que si usted no vuelve
 Será porque lo han matado...
 — « Señor, contesté, yo acepto
 Con orgullo tal encargo;
 Iré, cumpliré y muy pronto
 Me tendrá usted á su lado.
 Jamás contra mi partido
 Combatiré, pero grato
 Hallará usted en mí siempre
 Un hijo, nunca un soldado ».

Al rayar el nuevo día,
 Me halló libre y caminando
 Y tras de cinco jornadas
 Estrecho á usted en mis brazos.—

Ya no pudo contenerse
 En su emoción el anciano,
 Y volvió, pero de gozo,
 A dejar correr su llanto.
 — ¿Quién es ese Jefe, dijo,
 Tan noble y tan esforzado?
 Quiero que suene su nombre
 Como oración en mis labios.
 — Ese jefe, usted lo sabe,
 En Michoacán tiene el mando
 Del Ejército del Centro:
 ¡Vicente Riva Palacio! —
 El viejo, entonces, asiendo
 Al mancebo de la mano,
 — Ven — le dice, ven conmigo.
 — No puedo, señor, yo traigo
 Orden de no hablar con nadie
 Hasta entregar....
 — Yo lo mando....



Don BENITO JUÁREZ

Libertador de México.

— Pero padre....

— Nada escucho...

— A mis instrucciones faltó.

— Como padre y como jefe.

Te lo ordeno.

— Entonces, vamos —

Pensativo va el mancebo,
Orgullosa el veterano,
Tras ellos el asistente
Conduciendo los caballos;
La gente al mirarlos piensa
Que es algún comisionado,
Y ellos ligeros caminan
Sin hacer á nadie caso.

Llegan por fin á una casa,
Cruzan el extenso patio,
Y suben las escaleras
Hasta la sala llegando.

Allí encuentran departiendo
Con otros en el estrado
A un caballero que muestra
Genio afable y muchos años.

Sin saludarle siquiera
Dice el que llega: — Mariano,
Aquí tiene usted á un hijo —
Y luego al joven mostrando:
— Este el padre, — le dice —
Del hombre que te ha salvado. —

El joven enternecido
Besa del otro la mano,
Después en pocas palabras
Le refiere el tierno caso,
Y se abrazan los dos viejos
Enternecidos llorando.

Uno ver puede á su hijo
En México y á su lado,
El otro al suyo no ha visto
En largos y tristes años;
Pero allí se sienten todos
Tan contentos, tan ufanos,
Que parece que el ausente
En espíritu ha llegado.

III.

Han corrido tres semanas,
Y al campo republicano
El joven Miñón retorna
Satisfecho de su encargo;
Que Bazaine admite el cange
Y está completo el tratado,
Y el que salió prisionero
Vuelve ya como un hermano
El cariño de los padres
Trayendo al Jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas
De México, entusiasmado,
Conmovió los corazones,
Y al oírle los soldados,
Orgullosos se sintieron
De llamarse Mexicanos.

¿Qué laurel más envidiable,
Ni qué timbre más preciado,
En los fastos de su historia
Buscará Riva Palacio,
Que las tiernas bendiciones
De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas,
Hoy que han corrido los años,
El libro de la experiencia
Le dirá al viejo soldado
Que vale más en la vida
Quitar un hombre al cadalso,
Que vivir siglos en bronce
Humedecidos con llanto.

SEGUNDA PARTE.

BELGAS Y MEXICANOS.

I.

Marchando hácia el mismo punto
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos,
Y los jinetes altivos;
Sus militares arreos
Por lo nuevos y por lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos,
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,
Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
A los guerreros, indicio
Es de que por larga senda
Violentemente han venido.

Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se separan los vecinos
A presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo,
Y se forman frente á frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fueran dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje,
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
No se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.